

nemos en sus pueblos, nos saludan respetuosamente y nos dan entre otras cosas, cerveza nueva, que no habiendo entrado todavía en el período de la fermentación, no causa la embriaguez. Todos los hombres que vemos van armados de pesadas lanzas, y algunos llevan grandes escudos de piel de búfalo.

Los alrededores de las poblaciones están por lo regular desmontados y cultivados, pero no puede decirse que en parte alguna el país sea muy populoso. En cada pueblo se ven sitios particulares en que está amontonado el sorgo en espiga. Cuando ha sido molido, el grano se empaqueta con yerba, y estos paquetes oblongos se amontonan en unos cuadros de madera.

Hemos encontrado muchos arroyos que apenas nos sirven de otra cosa que de límites militares.

La isla y la rápida de Nankasalo, de que ya hemos hablado, ninguna importancia tienen. La rápida no existe sino á un lado de la isla, y tienen á lo sumo 100 yardas de longitud.

En Mozia se separó de nosotros un poeta que nos acompañaba voluntariamente.

Procuramos inquirir si la desnudez de los baendapezi era el signo de una orden particular, pero se nos respondió que tal era su costumbre.

Dígase cuanto se quiera en favor de la desnudez de las estatuas, á nosotros nos llama mucho la atención una cosa, y es que en general el hombre en pelota es un animal muy feo. Si pudiésemos ver en tal estado á las gentes degradadas de nuestras clases ínfimas, y sin el color negro que por lo menos en Africa produce por el efecto de una especie de vestido, es probable que fuese mucho peor.

Seguimos el curso del Zungué hasta las montañas de los batokas, y trepando por las pendientes ásperas y pedregosas de esas montañas formadas de cuarzo rojo y blanco, nos detuvimos á mas de 3,000 pies de elevación. La frescura del aire, su acción fortificante y el bienestar físico y moral de que en aquel lugar disfrutamos, tenían algo de delicioso; y esto tanto mas cuanto que á lo lejos la llanura estaba bañada por una luz deslumbradora.

Desde este punto se goza de una vista magnífica del dilatado valle del Zambese, que se presenta como un inmenso bosque interrumpido por parajes incultos, en términos que las partes cultivadas son insignificantes en comparación del dominio salvaje.

29 julio.—Pasamos la noche á gran altura á orillas del Tyoto, cerca de Chirebuechica ó Tabacheu, nombres ambos que significan *montaña blanca*. Por la mañana el suelo estaba cubierto de escarcha, y había una ligera costra de hielo en los estanques.

Bordeando la pendiente meridional del Tabacheu, atravesamos en breve muchas montañas; y mirando á nuestra espalda, vimos al otro lado del valle del

Zambese á una distancia como de 30 millas la gran cadena que se dirige al Noroeste para reunirse á la rampa cuyo ángulo forman las cascadas de Victoria, y que luego se desvia perdiéndose hácia al Nordeste.

Los batokas tienen cementerios permanentes, establecidos en las faldas de las montañas ó á la sombra de corpulentos y frondosos árboles; miran con gran respeto las tumbas de sus antepasados, y las adornan con dientes de elefante, rodeándolas á veces del mas hermoso marfil. Otras tribus arrojan sus muertos al río, para que sean pasto de los cocodrilos, ó bien los cosen dentro de esteras y los colocan sobre las ramas de un boabab; otras, en fin, los llevan á un lugar retirado, protegido por una espesa vegetación y donde son devorados por las hienas; pero los batokas los entierran respetuosamente y tienen en adelante por sagrado el sitio en que han abierto la tumba.

Es evidente que creen en la vida futura, pues es general entre ellos la persuasión de que el espíritu del difunto sabe perfectamente lo que hacen los que le sobreviven, y que se muestre satisfecho ó irritado de sus actos. El dueño de una canoa se negó á vendérsela, porque pertenecía al espíritu de su padre, que le ayudaba á cazar hipopótamos.

Muchas veces nos ocurrió desde el Kafué hasta el Zungué pasar un mismo día por cerca de muchos pueblos, cuyos habitantes nos enviaban toda clase de alimentos, porque no podían permitir, según decían, que unos extranjeros pasasen cerca de sus hogares, sin tomar nada. No era raro que nos llamasen desde una choza, pidiéndonos que nos detuviésemos un instante para obsequiarnos con cerveza. Nuestro viaje parecía una marcha triunfal; entrábamos en los pueblos y salíamos de ellos en medio de las aclamaciones de sus moradores. Los hombres batián palmas, y las mujeres nos saludaban cantando y repitiendo á voces: «¡La paz! ¡la paz!» ó bien, «¡Dormiremos!»

Al espirar el día, era muy común que aquellos naturales viniesen á trabajar á nuestro campo. Unos, armados de azadones, nivelaban el terreno; otros iban á segar yerba seca y la estendían con el mayor esmero en el lugar destinado á nuestras camas, en tanto que sus camaradas derribaban arbolillos, y nos hacían con extraña rapidez albergues para preservarnos de la intemperie; y si el agua estaba á alguna distancia, iban á buscarla, trayendo al mismo tiempo leña para nuestra cocina.

Los batokas tienen estremada afición á la agricultura, y hemos encontrado cerca de sus poblaciones series no interrumpidas de campos de sorgo de tal estension, que en atravesarlos invertíamos muchas horas.

Tienen graneros en abundancia, lo cual hace pa-

recer sus poblaciones mucho mas importantes de lo que son realmente.

4 agosto.—Llegamos á Moachemba, la primera de las ciudades batokas sometidas á la autoridad de Sekeletú, y divisábamos ya distintamente las columnas de vapor que se levantan de las cataratas, aunque todavía nos hallábamos á mas de 20 millas.

Pasamos todo el día 7 cerca del pueblo del jefe batoka Moshobotuané, el hombre mas corpulento que hemos visto en Africa. Hicimosle un presente, y al mismo tiempo le dijimos lo que pensábamos á propósito de sus razzias sangrientas contra los batokas de quienes es hermano. Una observación produce mas efecto cuando viene precedida de un rasgo de beneficencia. Moshobotuané no lleva ciertamente á mal la nuestra, como lo demostró el agasajo que á su vez nos hizo. Es dueño de vastos terrenos cubiertos de yerba á orillas del Sekué.

Aquella noche, en el momento en que reinaba la calma mas profunda, un indígena cuya mujer habia sido acusada por bruja, disparó su fusil exclamando: «¡Lloro á mi esposa; mi patio está desierto; no tengo hogar!» Y esto dicho, prorumpió en desgarradores gritos.

Mosi-oa-tunya ó cataratas Victoria.

9 agosto 1860.—Nos pusimos en camino para ver de nuevo las cataratas Victoria, cuyo nombre makololo es Mosi-oa-tunya, que literalmente traducido, significa *humo que resuena*. Llevaban en otro tiempo el nombre de Seongo ó Fonghué, que quiere decir: *lugar del arco iris*.

Entramos en unas canoas pertenecientes á Tuba-Mokoso; este nombre de siniestro augurio representa *destructor de canoas*. Pero parece que Tuba es el único que posee el secreto en virtud del cual se tiene la seguridad de no rodar hasta el abismo.

Por espacio de algunas millas, partiendo del sitio en que nos embarcamos, el río corre mansamente, y nos deslizábamos con suavidad por sus aguas, transparentes como el cristal, pasando cerca de islas encantadoras, enriquecidas con una espesa vegetación. Descollando sobre la muchedumbre de los demás árboles, elévanse magistuosamente la hifenea, especie de palmera, y la borasa, otra especie del mismo género. A su lado crecen el datilero silvestre, de racimos de frutos dorados, y el mokononga espeso (el motsuri del primer viaje) que tiene la forma de un ciprés, las hojas de un verde oscuro y los frutos de color de escarlata. Innumerables flores esmaltan las márgenes del río; algunas enteramente nuevas para nosotros, al paso que otras, como los convólulos, nos eran muy familiares.

Pero nuestra atención se vió vivamente escitada,

hasta el punto de olvidar aquellas islas deliciosas, por las rápidas á que Tuba podía arrojarlos contra nuestra voluntad. El mero aspecto de aquellos espantosos escollos y su estruendo atronador, no pueden dejar de producir cierto indefinible malestar á los que nunca los han visto. Solo cuando el río está muy bajo, como hoy sucede, es posible aventurarse á llegar á la isla á que nos dirigíamos, pues si se abordase en el momento de la inundación, suponiendo que esto fuese practicable, seria forzoso permanecer allí hasta la completa retirada de las aguas. Se han visto elefantes é hipopótamos lanzados al abismo y reducidos al estado de una masa informe.

No bien llegamos á la altura de las rápidas, se nos encargó que guardásemos un profundo silencio, porque nuestras palabras podrían disminuir la virtud del talisman; pero la verdad es que á la vista de aquellos pavorosos torbellinos, nadie piensa en desobedecer al *Destructor de canoas*. Muy pronto fue evidente que el encargo de Tuba era por demás prudente, aunque el motivo en que lo apoyaba se parecia mucho al de otro barquero de aquellos mismos lugares, que pedía á uno de nuestra comitiva que no silbase, porque esto desataría el viento. Como en el caso presente, el piloto tenia que dirigir la maniobra, avisando al timonero siempre que descubre una roca ó un tronco de árbol, un accidente cualquiera, el menor descuido, la mas ligera equivocación nos haría naufragar irremisiblemente.

No obstante, incólumes llegamos á Gardenysland (la isla del jardín) que situada en medio del río, se estiende hasta las mismas orillas del precipicio. Alcanzamos la estremidad, y nos inclinamos sobre el abismo, cuya profundidad vestiginosa ocasionaba el desvanecimiento; en aquel momento se desplegó súbitamente á nuestras miradas el carácter único y maravilloso de la catarata.

No es posible hacer formar por medio de palabras una idea de semejante espectáculo; ni un pintor consumado lo lograría, aun cuando lo intentase en una serie de cuadros.

Las cataratas de Victoria han sido formadas por un rompimiento trasversal del basalto que forma el lecho del Zambese. El derrumbadero es perpendicular, y baja hasta el fondo del abismo sin presentar salidas, sin dejar ver estratificaciones y sin aparecer fuera de su natural asiento.

Mas arriba del abismo, la corriente principal se dirige directamente de Norte á Sur, y la grieta que lo atraviesa se encamina casi de Este á Oeste. Medimos la profundidad por medio de una cuerda, á cu ya estremidad atamos algunas balas, y además un pedazo de tela de un pie de largo. Uno de los nuestros apoyó la cabeza sobre un peñasco que avanzaba sobre el abismo, para seguir con la mirada el descenso de

la tela. Habíanse ya arrojado 300 pies de cuerda, cuando las balas encontraron un plano inclinado del de rumbadero, y allí se detuvieron; y todavía tenían, según todas las probabilidades, que bajar 50 yardas para llegar á la superficie del agua. El pedazo de tela blanca no parecía entonces mayor que una moneda de cinco chelines.

Medida la isla del Jardín por medio del sextante, la grieta presentó una boca de 80 yardas, ó sea cerca de 73 metros; aquel es el punto en que es mas estrecha, pues en otras partes tiene algunos metros mas.

En esta hendidura dos veces mas profunda de lo que el salto del Niágara tiene de anchura, se precipita con un estrépito ensordecedor un rio de mas de una milla de anchura.

La masa de las aguas rueda sobre el abismo formando una superficie no interrumpida y trasparente; pero despues de una caída de 10 á 12 pies, se convierte de repente en una masa de nevada espuma; de ella se desprenden torrentes que se esparcen en desordenado tropel, y luego aquella formidable mole de agua se transforma en millares de cometas saltadores, cuyas líquidas cabelleras resplandecen al sol.

Cárlos Livingstone, que ha visto el Niágara, tiene por mas dignas de admiración las caídas del Zambese, aunque las aguas de este rio nunca han estado mas bajas que hoy.

El sol matinal reviste con los vivos colores de un triple arco iris los ondulantes penachos de aquellas cinco gigantescas columnas; y los peregrinos matices de los celajes vespertinos esmaltan un cielo en que parece fulgurar el oro, esparciendo un tinte sulfuroso que en cierto modo asemeja aquel antro aterrador á la boca del infierno. Ni una sola ave osa posarse en los imponentes peñascos sobre que cae el diluvio de aquellas tronadoras columnas; allí no se oye un canto, allí no se oye un ruido.

El Mosi-oa-tunya es el asombro de todas las tribus de aquella dilatada zona, y hemos oido hablar de ella á mas de 200 millas del Zambese. Una de las primeras preguntas que Sebituané nos hizo en 1851, fue la siguiente: «¿Hay en vuestra patria humo que truena?» «¿Qué es lo que puede hacer salir del agua tanto humo, hacerlo salir siempre y elevarlo á tan prodigiosa altura?»

Mas arriba de las cataratas, el suelo está lleno de ágatas en un espacio considerable; pero en su casi totalidad están alteradas por el fuego que destruye las yerbas secas. Nuestros hombres se alegraron sobre manera al saber que podían servirse de ellas para sus fusiles, pues despedían chispas como los pedernales. Esta circunstancia y las nuevas ideas adquiridas por ellos en Teté sobre la malaquita de oro, contribuían á que ya no se admirasen de vernos recoger ciertas piedras y examinarlas atentamente.

Mpariva. — Abeja sin aguijon. — Sesheké. — Un gefe leproso. — Agasajo.

12 agosto. — De vuelta al Zambese, que continuábamos subiendo, atravesamos el Lekoné en su embocadura, situada á unas 8 millas de la isla de Kalai, y nos detuvimos en un pueblo que se encuentra en frente de la isla de Chundú. Durante la visita que hicimos á Nambué, jefe de ella, su media docena de esposas vino á sentarse detrás de él; y en verdad, que todas se divirtieron mucho cuando les preguntamos si alguna vez disputaban, á lo que el jefe respondió: «¡Oh! ¡Sí! riñen sin cesar.»

Cuando veíamos la gran facilidad con que las clases mas humildes encuentran su sustento, nos era imposible no traer á la memoria el ímprobo trabajo que nuestros pobres necesitan tomarse para no morir de hambre. ¡Con cuánto ardor y cuánta dificultad buscan el trabajo mas duro! ¡Cuán rudo es entre nosotros el combate de la vida, mientras tan dilatadas y hermosas regiones de la tierra están sin habitantes y no tienen el empleo que les ha señalado el Criador!

A la mitad de la distancia que separa á Tabacheú de la gran catarata del Zambese, las aguas empiezan á dirigirse hácia el Oeste, habiendo corrido antes en la dirección opuesta. Unas descomunales masas de granito, que se parecen algo á las antiguas fortalezas, descuellan á extraordinaria altura en las inmediaciones de Kalomo.

Establecimos nuestro campo en frente de la isla de Mpariva, situada á la vista de la confluencia del Chobé y del Zambese.

Aquí nos regalaron miel labrada por una abeja muy pequeña que los batokas llaman *moandi*, y los demás *kokomatsané*, y que carece de aguijon. Esta miel tiene un sabor aromático y ligeramente ácido.

A escepcion de las pequeñas rápidas de la isla de Mpariva, inmediatas á la desembocadura del Cholé, solo encontramos aguas tranquilas hasta Sesheké. Bueyes y vacas de dos ó tres variedades pacían en aquellas islas.

Las zebras, los nius (cuadrúpedos rumiantes) los pokús y otros animales, en considerable número nos miraban pasar. Momentos habia en que por efecto del espejismo, parecían suspensos entre el cielo y la tierra, lo que les daba, como á las palmeras, las mas fantásticas formas. Las estensas llanuras de suelo llano y rico que ciñen ambas orillas podrían alimentar una población numerosa. Regándolas convenientemente, lo que seria fácil por medio del Zambese, producirían durante todo el año, y estarían al abrigo de terribles sequías.

18 agosto. — Llegada á Sesheké. La antigua ciudad está casi destruida, pues sus habitantes la abandonaron despues de la ejecución de Moriantsané, su gobernador, que fue sentenciado á muerte por ha-



El monstruo le habia fracturado un muslo.

ber echado una suerte al jefe, y fueron á establecerse (siempre en la orilla izquierda del río) á 400 ó 500 yardas mas arriba de la ciudad abandonada. Seketú, que se hallaba á la sazón en la orilla derecha, cerca de algunas chozas provisionales, nos hizo decir por uno de los suyos que descansásemos bajo el árbol de la antigua plaza pública. Un joven makololo, que tenia los muslos muy voluminosos, signo distintivo de la mayor parte de los hombres pertenecientes á su tribu, así como también los zólus, pasó el Zambese para ir á recibir órdenes del gefe, y volvió con el objeto de llevar consigo á Mokolé, gobernador de la nueva ciudad. Mokolé, despues de haberse puesto de acuerdo con Seketú, que no se presentaba en público desde que padecía de lepra, nos instaló en una choza un tanto estrecha, pero en buen estado, y nos envió un corpulento buey como agasajo hecho por el jefe. «Estamos en tiempo de escasez, añadió, y no tenemos harina; pero esperamos la llegada de los barotsés.»

Como carecíamos de víveres, este obsequio nos pareció una magnífica adquisición. Nunca banquete alguno fue mas cumplido, porque no hay caza que valga tanto como un buey.

Las mujeres makololas.—La poligamia.—El dote.—El tabaco.—Las comidas.

La moda no es menos despótica en Sesheke y Linnyanti que en París y Londres. Aquí las damas no querrian que se las viese con cuentas de vidrio anticuadas, por hermosas que fuesen.

Las mujeres de los makolos tienen gran superioridad sobre todas las que hemos visto en Africa. Su color es el moreno claro, su fisonomía agradable y su inteligencia muy viva. Visten con esmero un juboncillo y un manto, y van cubiertas de adornos. La hermana de Sebituané, dama principal de Seheské, llevaba en cada pierna diez y ocho anillos de bronce de un dedo de espesor; tres de cobre mas abajo de la rodilla; diez y nueve braceletes de bronce en el brazo izquierdo; ocho de bronce y de cobre en el derecho; un gran anillo de marfil encima de ambos codos; un hermoso collar de perlas y un cinturón de lo mismo. El peso de estos anillos de relumbron, la molestaba no poco para andar, y hasta le hacia daño en los tobillos; pero así lo ordena la moda, y el inconveniente desaparece. Por lo que respecta al daño causado por tal balumba de anillos, se atenúa merced á un pedazo de suela de que están forrados los anillos inferiores.

La poligamia, indicio de un estado social inferior y origen de tantos males, es muy comun en aquellas regiones, siendo lo mas extraño del caso el que lo aprueban las mujeres. Cuando se les dice que en Europa no se puede tener sino una sola esposa, respon-

den que no quisieran habitar en semejante pais; pues no pueden comprender que las europeas se acomoden á tal costumbre. En su opinion, un hombre acomodado debe tener muchas mujeres, como muestra de su fortuna. Estas ideas dominan en toda la region del Zambese y hasta las playas del mar; y no hay que esperar que el que no tiene sino una mujer goce entre sus convecinos de estimacion alguna. Este modo de considerar el asunto consiste quizá en que, disfrutando el marido del producto del jardín cultivado por su mujer, aquel es tanto mas rico cuanto mas numerosas son éstas.

Aunque entre los makololos el matrimonio tiene todo el carácter de una venta, la mujer, sin embargo, no es vendida ni comprada. Es verdad que el suegro recibe cierto número de vacas proporcionado á la fortuna del yerno, pero esto no es el precio de la mujer, sino el rescate del derecho que los padres de esta tienen sobre sus hijos. Sin tal requisito, todos los que ella pudiera tener pertenecerian á la familia de su padre. El marido tiene sobre su mujer una autoridad absoluta, aun cuando nada haya pagado al casarse; pero en tal caso, sus hijos no le pertenecen. La separacion entre la esposa y los suyos no es completa, porque si aquella muere, el marido debe dar un buey para obtener de su familia que renuncie por completo á sus derechos sobre la difunta.

Las makololas tienen pies pequeños, manos pequeñas también y delicadas, la frente bien formada y de buenas proporciones, la nariz no desagradable, si bien las ventanas son grandes; la boca, la barba, los dientes, los ojos y el talle son realmente hermosos; en una palabra, son unas verdaderas damiselas comparadas con las negras de la costa occidental. Servidas por mujeres encargadas de los cuidados domésticos, estas *madamas* tienen largos ocios de que algunas veces se cansan. No teniendo como sus hermanas de Europa el recurso de la aguja, ni útiles para bordar, ni pianos en que ocupar sus dedos, ni libros que las distraigan ó instruyan, ni hijos de qué cuidar, el día les parece bastante pesado. Los hombres son de parecer de que, para matar el tiempo, beban cerveza y fumen matokuané, es decir, cáñamo. Aunque ellos hacen gran uso de esta planta, no les acomoda que sus mujeres imiten su ejemplo, y muchos maridos lo prohíben terminantemente. No obstante, algunas se atreven á fumar en secreto la yerba vedada, lo cual les produce erupciones cutáneas que solo pueden curarse mediante el abandono de la práctica que las ocasiona. El mismo cacique es esclavo de esta perjudicial costumbre, y fue muy difícil conseguir que renunciase á ella mientras estaba sometido á un plan curativo.

Muchas veces hemos tenido ocasion de observar los efectos del cáñamo en los fundadores de nuestra cos

mitiva: este efecto es aumentar la fuerza física, y producir en lo moral un resultado diametralmente opuesto; así es que dos de los hombres mejor constituidos que nos acompañaban se volvieron casi idiotas, por haberse entregado á su abuso. Un grupo de fumadores de cáñamo presenta un cuadro altamente grotesco. Están provistos de una calabaza llena de agua pura, de un bambú de 5 pies de largo, ó de un cuerno de antilope que contiene el agua que el humo atraviesa antes de llegar á la boca. Cada fumador da por riguroso turno algunas chupadas, la última de las cuales es en extremo larga, y pasa la pipa á su vecino. Los fumadores tragan probablemente el humo, pues al hacer esfuerzos para luchar contra los movimientos convulsivos del pecho y del estómago, beben un sorbo del agua contenida en la calabaza, la retienen durante algunos segundos y luego la arrojan en el reguero de bambú, así como también el humo. El resultado de esta operacion es un violento acceso de tos, y para algunos una especie de delirio que se convierte en un desatado torrente de palabras incoherentes, ó en frases breves como estas: «La yerba crece, el ganado prospera, el pez nada.» Ocioso es decir que ninguno de estos extraños fumadores presta la menor atencion á la elocuencia ó la estupidez del oráculo, que se detiene de repente, y que, aun despues de recobrada su razon, se queda como alelado.

Nuestra llegada distrajo un poco la monótona existencia de Sesheké, y recibimos muchas visitas especialmente á la hora de la comida, teniendo los visitantes el doble placer de ver comer á los blancos y de participar de lo que estos comen.

Los hombres hacen de la cuchara que les damos un uso singular: válense de ella para verter el guisado ó la carne en el hueco de su mano izquierda, la cual lleva á la boca lo que acaba de recibir.

Por lo que respecta á las mujeres, téngase entendido que ofendemos mucho su delicadeza al estender manteca sobre el pan, pues esclaman: «¡Vedlos, vedlos comer manteca *cruda*! ¡Oh! ¡qué suciedad!»

O bien, una buena mujer á quien inspiramos lástima, nos dice: «Dadme esa manteca; yo la deretiré, y de éste modo podreis pringar con ella vuestro pan de una manera decente.»

Nuestra costumbre no les causa menos disgusto que el que nosotros experimentaríamos si viésemos á los esquimales comerse la grasa de foca ó de ballena cruda, pues en su opinion la manteca no es comestible sino en las viandas que sazona, ó cuando está derretida. Pero el principal uso que de ella hacen es bajo la forma de pomada, untándose el cuerpo porque suaviza el cutis, lo hermosea y aleja los parásitos.

En concepto de los makololos una ligera gordura

es indispensable á la belleza de la mujer; pero la excesiva obesidad que tanto gusta en la region atravesada por el capitán Speke, pareceria repugnante en este pais. Hemos oido á hombres de nuestra comitiva decir que una mujer era fea, solo porque era gruesa.

Trajes de los hombres.—Construccion de las cabañas.—Juegos de los niños.

El traje de los makololos se componia en otro tiempo de un pellejo de carnero, de cabrito, de chacal ó algun otro cuadrúpedo, que se ceñia á la cintura y colgaba sobre los riñones. Cuando hacia frio se cubria la espalda con un *kaross*, ó sea un envoltorio de pieles; pero este abrigo ha caido en completo desuso; los jóvenes que obedecen los preceptos de la moda llevan un casacon de piel de mono y una especie de jubon, es decir, una piel que se ajusta á las caderas; pero no hay que pensar en camisas, pantalones, ni chalecos.

Casi todas las tribus que habitan las orillas de los lagos ó rios se bañan muchas veces al día, y por consiguiente, son muy limpias. No obstante, las makololas hacen poco uso de los baños, por no consentirlo la manteca derretida con que se untan.

A nuestro paso, la mujer de Pitsané se ocupaba en construirse una gran choza, desplegando mucha actividad en tal faena, y nos dijo que los hombres habian abandonado esta clase de trabajos á las mujeres.

Hé aquí cómo se construyen estas chozas. Clávanse circularmente en el suelo algunas estacas entrelazadas por medio de cañas cubiertas por una espesa hojarasca, y se forma una especie de torre de 9 á 10 pies de altura. Una capa hecha de toba ó de los despojos de un hormiguero, amasados con estiércol de vaca se estiende luego en el suelo con el mayor esmero, lo que impide que los támpanos aniden en las grietas que no hubieran podido evitarse de otro modo. Los támpanos son unos insectos venenosos cuya picadura ocasiona calentura á ciertas personas, y produce á todos llagas que causan un terrible escozor.

Ya terminada la pavimentacion de la choza, se procede á la construccion del tejado, cuyo diámetro es mucho mayor que el del cuerpo de la fábrica. La armazon se hace en el suelo, y luego se levanta y se coloca en su puesto con la ayuda de todos los vecinos. Una empalizada de cañas, dispuestas como dicho queda, se agrega al techo cuyas dimensiones esceden también; colócase á 3 pies de la pared y de esta manera se tiene una galería cubierta que comprende todo el edificio: en esta galería, y no en la casa pasamos la noche. Su puerta tiene dimensiones poco cómodas: 19 pulgadas de alto, 22 en la base, 17 en medio y 12 en la parte superior. El paso por tal puer